

**REVISTA**  
DE LA  
**UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ**

Tomo VI

Lima, Agosto-Setiembre de 1938

Número 5-6

## UN ARTICULO INEDITO DE ANGELICA PALMA

*La REVISTA DE LA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERÚ se complace en ofrecer a sus lectores el texto íntegro —aun inédito como tal— de una charla que, con el título de VAGABUNDEOS, dió Angélica Palma en el Consejo Nacional de Mujeres del Perú, el 17 de mayo de 1932. Se trata de jugosos y animados recuerdos de España, y al final del artículo se encuentra un indicio del equivocado optimismo con que la insigne escritora vió la proclamación de la República, creyendo en la sinceridad de los autores del movimiento y esperando que de él pudiera surgir un gobierno moderado y respetuoso de los valores espirituales que hacen la grandeza de aquella nación. Estas notas de viaje por un país al que siempre amamos tanto los sudamericanos, cobran particular interés en estos momentos en que las miradas de toda la humanidad se vuelven ansiosas hacia España; que no en vano en sus campos heroicos se están definiendo y salvando, una vez más, los destinos del mundo.*

C. L. P.

### VAGABUNDEOS

No crean ustedes, señoras y señores que me honran escuchando esta charla, que el título de VAGABUNDEOS que le doy es uno de tantos artificios literarios destinados a aparentar modestia; nó; nada de trucos; ya están desacreditados; el título, completamente veraz, responde a la sospecha que me asalta al comenzar este trabajo de que el pobre me va a salir bastante desordenado. No esperen ustedes un viaje instructivo de plan premeditado ni una excursión estilo *Agencia Cook* o *American Express*, esas con guías gritones y turistas en rebaño; será apenas un vagabundeo anárquico, al azar de las indicaciones de una brújula descompuesta, por las tierras poéticas de España.

Siendo yo muy niña lei en el reverso de una hojita de almanaque, ese sabio maestro, obra de consulta de algunos intelectuales, esta frase firmada por madame Stael: "El viajar es uno de los placeres más tristes de la vida". La paradoja me deslumbró; era la primera que caía bajo mis ojos; calculen ustedes! Después he pensado que la frase es una tontería y que a madame Stael nunca se le ocurrió, probablemente; antojo del compilador del almanaque.

Nó, no es el contradictorio triste el calificativo que le corresponde al placer de viajar; alegre, diremos entonces? Tampoco; lo llamaremos mejor inquietante, estimulador de una curiosidad siempre despierta y nunca satisfecha del todo.

Así como, según el aforismo médico, no hay enfermedades, sino enfermos, en este asunto, no hay viajes, sino viajeros; por eso, según afirmó Francis de Croisset en una deliciosa conferencia, cada viajero, cuenta su viaje; "si todos tuvieran la misma manera de interpretar las cosas —agrega— los viajeros no enviarían relatos; mandarían circulares".

Como las crónicas y libros de viaje no pertenecen a esta categoría sino a la de las impresiones individuales, el fino e ingenioso literato francés concede que cierta clase de mentira, algo así como una mentira sincera y, hasta cierto punto, inconsciente, constituye el derecho de todo escritor. Tranquílense ustedes; no abusaré de él.

Hay viajeros apasionados, a quienes domina la obsesión del frecuente cambio de paisajes, de la búsqueda de nuevos horizontes; viajeros que, según la frase atribuida a Paul Morand, desearían que, después de muertos, se hiciera con su piel una maleta.

Paréceme que, entre los compatriotas que me he encontrado por esos mundos de Dios, disfrutando de los encantos y de las molestias del turismo, ninguno llega a ese colmo de la afición; las observaciones, tal vez superficiales, que acerca de ellos he hecho, me llevan a la distinta conclusión siguiente: para que un viaje sea grato y provechoso se necesita, además del indispensable bienestar físico y anímico, una de estas dos condiciones: dinero en abundancia o sinceras aficiones intelectuales o estetizantes; cuando ambas se reúnen, miel sobre hojuelas; con una sola de las dos tampoco la pasa mal el viajero, aunque, para no aprovechar demasiado, del derecho aquel proclamado por de Croisset, debe confesarse que

si a muchas gentes, los billetes contantes y las monedas sonantes, para frecuentar hoteles de lujo, joyerías rutilantes, *cabarets* bulliciosos, casinos arruinadores, y casas de modas con igual peligroso atractivo, les basta; y les permite prescindir gozosamente de museos, bibliotecas, conciertos, puestas de sol, lagos serenos y bosques umbríos, los que buscan, ante todo, esos placeres espirituales, han de proveerse también de una modesta cartita de crédito o cosa que se le parezca.

Feliz el viajero que llegara a los países aún desconocidos para él, con su curiosidad intacta, olvidado de viejas lecturas, libre de prejuicios heredados, limpio de ideas hechas.

—Dame tus ojos para ver la vida!

implora a la muchacha ingenua e ignorante el poeta, ansioso de

huir el dogma, el viejo modo  
lo marginal, lo escrito, y en un viaje  
de azoramientos, contemplarlo todo.

No soñemos con ese maravilloso viaje de azoramientos; hoy estamos demasiado enterados, y ya sabemos, antes de pisar sus calles, que Nueva York es metalizado, y París frívolo, y Roma arcaica, y Londres sombrío, y Madrid chulesco. Tal vez, al evocarlos, se nos revelen otros aspectos, acaso atisbemos facetas insospechadas; pero, a qué detenernos en ellos si ya tenemos el cómodo cliché?

España posee el suyo, mejor dicho, los suyos, muy divulgados; presentan unos la España de pandereta: toros, castañuelas, mantillas, guitarras, mantones de flecos, cañas de manzanilla y ole con ole; muestran los otros, en sus variantes, lo que Chocano llamó en verso magistral:

Raza de leyenda, país de museo.

En resumen, Andalucía y Castilla, pero vistas exageradamente y por un solo lado, esto es, con las dos maneras de parcialidad. ¿Por qué si no pueden ser nuestros los ojos inocentes y el alma nueva anhelada por el vate mexicano, no ponemos, para ver a los demás, atención en las pupilas y deseo de comprender en el espíritu?

Un ilustre miembro del Patronato del Museo del Prado, el se-

ñor Sánchez Cantón, crítico entendido y sereno, dice que si con un concepto se logra definir a un país, el que conviene a España es éste: diversidad. Sí; diversidad de clima, de topografía, de orígenes étnicos, que forma, sin embargo, un todo de peculiar armonía; trataré de demostrarlo en esta conversación, que no obedecerá al itinerario, en ocasiones impuesto por las circunstancias, de mis dos afortunados viajes de mis últimos años, sino al capricho de la evocación.

Empecemos, si ustedes no se oponen, por Galicia; ni Andalucía riente, ni Castilla austera; ni sol radioso, ni aire diáfano; ni hablar sincopado y cantante ni gravedad o desgarro en el acento; cielo pálido, lluvias frecuentes, arrobadora variedad de paisajes, suavidad galáica en la entonación de nuestro idioma. No hemos dejado el barco, y ya Vigo brinda a nuestra contemplación el regalo de la curva elegante de su bahía, rodeado de frondas de variado verdor; al bajar a tierra la ciudad se nos ofrece limpia, moderna, bien pavimentada, con bonitas construcciones sobre su terreno accidentado, un lindo parque con pájaros cantarines y el busto de Curros Enríquez, el dulce bardo que cantó así sus nostalgias de la región gallega:

Airiños, airiños, aires,  
airiños da minha terra,  
airiños, airiños, aires,  
airiños, levame a ella,

y un teatro que lleva el nombre glorioso de Rosalía de Castro, blason del lirismo de España.

De Vigo parte la asfaltada pista que va a Santiago de Compostela. Los ojos no se sacian de admirar las variadas bellezas que la Naturaleza ha prodigado en la tierra gallega: rías apacibles y cristalinas, matizados bosquesillos, valles eglógicos, pueblecillos risueños que orillan la carretera, atravesada frecuentemente por aldeanas de alpargatas, estiradas medias, faldas a la rodilla, y la melena a la altura de la oreja. Sólo las de edad respetable continúan fieles al traje regional y se encuentra algunas con las piernas desnudas, sayas de mucho vuelo y en la cabeza el trozo de tela de vivos colores encima del cual llevan, en asombroso equilibrio, tarros con leche y grandes cestas colmadas con frutas y pescados.

Son, por lo general, fuertes y esbeltas, y entre las muchachas suele haberlas muy guapas, de fresca tez, cabello de un rubio bronceado y ojos verdes que hablan de la ascendencia celta.

El paisaje campesino se va tornando urbano al acercarse a Santiago de Compostela, la ciudad de las famosas peregrinaciones medioevales. A ella trasladaron, a principios del siglo IX, el cadáver del apóstol Santiago, martirizado en Palestina, por orden de Herodes, y enterrado en Iria Fluvia por sus discípulos. El Papa León III comunicó al mundo católico la noticia de la nueva inhumación de las reliquias, y desde entonces hasta que la Reforma protestante convulsionó y dividió a la cristiandad, debilitando, como consecuencia, muchas prácticas devotas, se veía continuamente por el camino de Santiago innumerables romeros apoyados en el bordón, al hombro la calabaza llena de agua y con la esclavina y el ancho sombrero adornado de conchas.

Ahora los restos de Santiago el Mayor se guardan dentro de una arca de plata en la cripta de la catedral de Compostela, culminación soberbia de la arquitectura románica. Como en la mayor parte de los monumentos religiosos levantados en pasadas centurias por la piedad y el arte y que requirieron largo espacio de tiempo para su construcción y término, no se contempla un estilo único en la catedral de Santiago, pues aunque domina, como ya se ha dicho, en espléndida forma el románico, el barroco muestra su gallarda exhuberancia en la fachada del Obradoiro, y el gótico ostenta su típica elegancia en el celeberrimo pórtico de la Gloria, adornado con 135 esculturas religiosas de admirable ejecución. La portada principal, que es la dieciochesca del Obradoiro, eleva sobre airosa escalinata el prodigio de su arquitectura, en vastísima plaza, cuyo encuadramiento completan, en trazo y belleza, el palacio del Consistorio, el Hospital real y el colegio de San Jerónimo.

La desigualdad del terreno en que la ciudad se asienta, la estrechez de sus rúas tortuosas y la sombría tonalidad de sus construcciones de granito, contribuyen a conservarles su pátina arcaica y a acentuar el contraste con el vecino y progresista puerto de la Coruña y su animada población, muy traficada, con anchas calles, lujoso comercio y casas que tienen en sus pisos altos esos balcones todos de cristales, que en varios puntos de España se denominan

miradores y en Barcelona, tribunas. Hay en la Coruña un parque florido, tendido a lo largo de los muelles, frente al Cantábrico, donde la estatuaría rinde culto a mujeres preclaras: En un sencillo monumento se destaca el perfil venerable de doña Concepción Arenal, que tuvo cerebro y corazón de apóstol, y descansando en un sillón marmóreo se ve la egregia figura de doña Emilia Pardo Bazán. Ellas forman con Rosalía de Castro la excelsa trinidad femenina que dá a Galicia la honra de haber sido su cuna, y a la raza hispana y a sus mujeres el noble orgullo de que sean suyas esas cumbres de la Sociología, de la Literatura, de la Poesía.

De la Galicia medioeval con sus peregrinaciones religiosas pasamos rápidamente a la del siglo XIX con sus mujeres pensadoras y artistas; no nos alejaremos ahora mucho de ella en el espacio, pues nos asomaremos a la región cántabra, llamada por antonomasia la Montaña, pero sí en el tiempo remontándonos hasta la prehistoria en la cueva de Altamira. Entrase a ella casi a gatas, y a la luz vacilante del hachón del guía, se la recorre, caminando trabajosamente sobre pedrones húmedos y resbaladizos. Cuando los ojos se acostumbran a la penumbra, descubren, sorprendidos, bizontes, toros y siervos pintados en la bóveda inclinada de la cueva; algunas de las figuras están grabadas en las paredes con un trozo de pedernal, otras contorneadas de rojo, amarillo o negro, o policromadas en estos colores, y hay varias en las que se ha rellenado el contorno con una tinta plana. En estas pinturas rupestres, hechas sin el auxilio de la luz solar, asombran la firmeza y precisión del dibujo y la verdad de las imágenes: ciervos lanzados a la carrera, caballos, toros y bizontes copiados con realismo pasmoso por los pintores paleolíticos, seres primitivos de un mundo en formación, que ya alentaban, en el oscuro fondo de su síquis, la intuición del arte.

Al salir de la caverna, regocija las miradas el esplendor del día bañando de claridad las praderas y las blancas casucas aldeanas con tejados rojos; la parte del camino que forzosamente ha de hacerse a pie resulta fácil y grata, disfrutando del sereno paisaje y de la fresca brisa montañesa. Junto a la cuesta suave, tapizada de césped, espera el coche que lleva a Santillana del Mar, y tras pocos minutos de marcha se detiene a la entrada de la arcáica villa, aún no profanada por los carruajes modernos; y aquí volvemos a

encontrarnos en plena Edad Media, aunque a las puertas de una ciudad palpitante de actividades actuales como Santander.

Vieja Santillana dormida en un sueño secular! Es pequeña y callada, con la solemnidad de un museo que por arte de hechicería habitaran nuestros contemporáneos, y parece que sus casas antañonas fueran a derrumbarse bajo el peso de los grandes escudos de sus portaladas. Cerca de la Colegiata, bella muestra del estilo románico con sus torres macisas, su claustro severo donde se conservan sepulcros pétreos de monjas y magnates, su legendaria tumba de Santa Illana o Juliana en el centro de la iglesia y su altar mayor con frontal de madera en talla trecentista cubierto por otro de plata repujada, se vé en el ruinoso palacio de los condes de Torre Velarde el escudo con la célebre leyenda:

Velar se debe en la vida  
de tal suerte  
que vida quede en la muerte;

algo más allá está el palacio del primer marqués de Santillana, nigromante y poeta, aquel don Iñigo López de Mendoza, galán cortesano de *La vaquera de la Finojosa*; próximos el de los Borja, el de los Cevallos, el de los Bustamante, el de los Tagle, la torre del Aguila; y perfectamente restaurado, con grave señorío, el de los marqueses de Benemejí; tiene en la fachada el blasón de los dueños de la casa, y en el patio, dominando la escalera, otro donde se lee el mote:

Ardid es de caballeros  
cevallos para vencellos.

Tal ví a Santillana, reliquia de la genuina España ancestral, la que terminó con los Reyes Católicos, la que no conoció dinastías extranjeras, y alentó espíritu de libertad y progreso, desconocido y desviado después por los Austrias y los Borbones.

Diga de ese espíritu Segovia, centro de la lucha de los comuneros que, encabezados por Juan Bravo y Juan de Padilla, defendieron los fueros castellanos contra las restricciones tiránicas de Carlos V. Esa defensa heroica motivó sangrientas represiones y causó en la ciudad daños tan importantes como la destrucción de su Catedral; al ver la que hoy existe no nos decidimos a deplorar

aquel mal; es la Catedral de Segovia, aunque comenzada en el Renacimiento, el último de los monumentos góticos españoles y guarda en su recinto amplio y severo magníficas capillas con rejas primorosamente forjadas y místicas imágenes talladas por Alonso Cano y Gregorio Hernández; siendo mucha la hermosura del templo en su parte interior, encuentro superior la externa con sus cúpulas solemnes, las atrevidas agujas de las numerosas torrecillas y el cálido tono amarillo de la piedra, vibrante de luminosidad bajo los vivos rayos del sol de Castilla. A Segovia no le basta con ostentar casonas solariegas y guerrero Alcázar, se enorgullece de su abolengo latino y, en prenda de él, luce además de sus iglesias románicas su Acueducto soberbio.

Próximo a Segovia se encuentra —amable oasis en la adustez de la meseta castellana— San Ildefonso; donde Felipe V construyó, para consolar sus añoranzas de Versalles, el palacio de La Granja. La extensión y variedad de los jardines, su artístico trazado, las lindísimas fuentes de límpidas aguas, las estatuas de musas coquetas como marquesas del XVIII y de dioses galantes como caballeros de Watteau, hacen del parque, en cuya lejanía se yergue el Guadarrama tocado de nieves, no la copia, sino el rival de Versalles. La frivolidad elegante de la época, en que hasta la devoción se tornó muelle y ligera, perdura en los jardines, en el Palacio y hasta en la iglesia de La Granja. La adornan espejos de historiados marcos, los ángeles pintados en las cúpulas parecen amorcillos y las puertas son blancas con filos dorados como las de nuestra preciosa Quinta de Presa. (Espero que continúe siendo preciosa).

Prodigios de la hermana agua, como hubiera dicho Amado Nervo, en La Granja y en Versalles! Juegos maravillosos de claros cristales! Deleite de príncipes y cortesanos! Ya no sois lo que fuisteis. Estáis derrotados por la ciencia de hoy; vuestro encanto palidece ante el de las fuentes luminosas de Barcelona, miliunochesca creación de un ingeniero con fantasía de poeta. La fotografía, a pesar de su perfeccionamiento y de la fuerza artística que ha adquirido, no alcanza a reproducir la visión exacta de los colores, las formas, la movilidad fantasmagórica de esas masas líquidas en que parecen reunirse gravedad y levedad. Ante el Palacio Nacional, en el parque de Montjuich, sede de la Exposición, son ellas orna-



to digno de Barcelona, el mejor puerto del Mediterráneo, la primera gran ciudad de España. Y Madrid?, dirán ustedes. Madrid es otra cosa; es la simpatía misma, hecha capital de una nación.

Enumerar los atractivos de Barcelona sería usurpar sus funciones al Baedeker; procurar explicar su proteísmo, inútil pretensión. Mi frívolo vagabundeo se detiene respetuoso ante la vieja Barcino de tradición helena, rodeada de montañas rojizas y fértiles, con el *Mare nostrum* a sus plantas y con las actividades de la industria, las audacias del arte y las agitaciones de todas las ideologías dentro de su recinto suntuoso.

Cruzando el Mediterráneo llegamos a Palma de Mallorca, apacible y clara, saludable y tibia, cuna del *Doctor Iluminado*, ambición de monarcas belicosos, prisión de pensadores, refugio amable de aristócratas desengañados, de artistas enfermos, de poetas. Vagan sus sombras por los ámbitos de la isla encantada. En la Plaza mayor, no lejos de la Seo monumental, vemos la estatua ecuestre de don Jaime el Conquistador, armado de todas armas; en el templo de San Francisco de Asís, nos inclinamos ante la tumba de Raimundo Lulio, el Doctor Iluminado por la Gracia como final de su historia de amor, audacia y desencanto; el castillo de Bellver parece dominado por la figura austera de Jovellanos, que en él tuvo cárcel; Miramar, la espléndida posesión del archiduque Luis Salvador de Austria, nos insinúa que son deleitosos los aislamientos principescos, y, sobre el ascetismo de la cartuja de Valldemosa se imponen el romanticismo tormentoso de Jorge Sand, la honda melancolía de Chopin doliente y los versos armoniosos de Rubén Darío:

Desde Palma de Mallorca  
en donde Lulio nació,  
te envío esta breve epístola,  
oh Remigio de Gourmont!  
Va llena de sal marina  
y va caliente de sol,  
del sol que alumbró a Virgilio  
y que a Atenas dió calor...

Pero no solo está allí la poesía; también nos aguarda, como cautiva doncella de cuento feérico, en el fondo de las cuevas del

*Drach.* Lo mismo que horas antes en las de Manacor, llevarónnos a ésta los guías oficiales y los oficiosos, cortesés compañeros del Congreso de Historia, por el misterio temeroso de sus grutas arquitecturadas de estalactitas y estalagmitas, indescriptibles en sus fantásticos caprichos, acaso interpretados por Gaudí en la Sagrada Familia y por Néstor en la extraña belleza de sus lienzos. Y llegamos al borde de un lago oscuro, cuya extensión no nos dejaba sospechar la penumbra; ante el lago, una gradería nos brindaba asiento; de pronto a la penumbra sucede la tiniebla, la noche cerrada, y cuando queremos disimular, charlando, el escalofrío del miedo, rasgan la negrura las líneas de luces, que perfilan dos barcas que avanzan calladas, y nos impone silencio, un silencio verdaderamente religioso, una música dulcísima que nadie sabe de donde viene...

Regresemos de un vuelo hasta el Continente y no pararemos hasta Andalucía; también allí hay una gruta célebre, la de las Maravillas, cerca de Aracena; ahora me alegro de no haberla visitado, porque si me refiriera a ella, después de la de Altamira y la del Dragón, iban ustedes a mirarme con espanto, como a una supervivencia troglodítica.

Basta de subterráneas oquedades; gocemos de la azul limpieza del cielo y de los rayos del sol cuya fuerza intensifica el perfume de las flores andaluzas, acaso las únicas de Europa que puedan compararse por esta deliciosa condición a las de Lima, soberanas gentiles del reino floreal. Por todas partes las vemos en la morisca Córdoba: tras de las rejas caladas de los patios, en el Alcázar, adornando el estanque de azulejos que fué baño de odaliscas; a la entrada misma de la Mezquita, en su patio de los Naranjos, que los luce cargados de azahares y frutas, en la pintoresca variedad de los Jardines bajos, que con la gracia humilde de sus flores baratas —alelías, pensamientos, verbenas, pajaritos, clavelinas— me recordaban a las plazas limeñas de mis juegos infantiles, cuando todavía no imperaba en ellas la anatópica monotonía de los parques a la inglesa. Esmaltan las acacias las copas de sus árboles en el Paseo del Gran Capitán, hermosa avenida, poco traficada y, por lo tanto de escasa animación, como la ciudad toda; se ve en sus calles a muy pocas damas que, por lo general, llevan mantilla o velo; mucho más numerosos son los hombres que mar-

chan lentamente, como gente que nunca tiene prisa, con solemne paso señorial y tocados con el indispensable fieltro cordobés; algunos granujas, de ojazos gitanos, a horcajadas en burros capacheros, muy adornados con madroños colorados y amarillos, pregonan legumbres con lánguida cadencia, y suelen detener el paso calmoso de sus cabalgaduras ante un café de la calle Gondomar, famoso porque en él se ofrece diariamente a la pública admiración, rodeado de amigos, vestido a la usanza de la tierra, silencioso y hierático, el antiguo torero Rafael Guerra (a) Guerrita.

Aún vive en Córdoba, soñadora e indolente, su pasado moro; todavía recuerda que fué la capital de un Califato poderoso y cultísimo, y la belleza indescriptible de su Mezquita supera a la de la Catedral católica que en el centro de ella, por antiestético motivo político —disculpen ustedes el pleonasma— construyó Carlos V, destruyendo la tercera parte de la arquería y malogrando la portentosa perspectiva ideada por Abderramán. Y no nos alejemos de Córdoba sin prosternarnos ante el inmortal recuerdo del Inca Garcilaso de la Vega, padre de nuestra literatura nacional, origen y cumbre del criollismo, que en la paz de la noble villa soñaba con su nativo Cuzco, con la patria remota y que en la capilla de las Animas duerme el sueño de la gloria al amparo de la Cruz y de los símbolos de su prosapia castellana y de su abolengo incásico.

De la antigua sede de los Califas, pasemos a la de los Emires, a Granada! Es allí tan intensa todavía la huella agarena que como si se le conociera, como si nos doliéramos del sufrimiento de un contemporáneo, sentimos la amargura con que Boabdil el *Chico* sollozaría, ¡jay de mi Alhama!, cuando contemplamos las esbeltas arcadas, las bóvedas con gráciles estalactitas, la delicadeza de los alicatados, la transparencia del agua en las albercas, todo el encanto de la vida amorosa y poética que, a través de los siglos y del triunfo de la civilización adversa, perdura en la Alhambra. Cuanto rodea el Palacio realza su belleza: el aire diáfano, embalsamado de naranjo y arrayán, las avenidas de melancólicos cipreses, el Generalife, con la clara armonía de los surtidores, el sendero florido que lleva a la torre de la Vela y el panorama que desde su altura se divisa: en lo hondo, la ciudad blanca con tejados rojos, las cuevas del Sacro Monte, madrigueras de gitanos, el barrio legendario del Albaicín, y allá arriba, señoreando la población, la Sie-

rra Nevada, cuyas aïbas cumbres tiñe de rosa el crepúsculo vespertino, sonoro de la voz de las campanas que llaman al *Angelus*.

Concreción y capital de la Andalucía de la Edad Moderna es Sevilla, la bien nombrada ciudad de la gracia, y, entre las de la Península, la más vinculada a nuestra América; de su puerto salían las naos que traían a estas playas gentes de espada, de sotana y de toga, y a él volvían, cargadas de tejos de oro, y de barras de plata; allí, en los grandes salones severos del Archivo de Indias, y en la Biblioteca Colombina, se atesora nuestra documentación histórica; la arquitectura sevillana —iglesias barrocas, casas bajas, patios encuadrados por columnatas y con plantas y pilas en el centro, rejas para el coqueteo— revive en las más típicas poblaciones de este Continente: México, Caracas, Santa Fé y Córdoba de la Argentina, Trujillo, Lima; tiene la ciudad del Guadalquivir una de las Catedrales más hermosas entre las magníficas que posee España; el esplendor del gótico y del plateresco se juntan en ella; el arranque audaz de su Giralda esbelta le da elegancia arábiga; y, sin embargo, apesar de la innegable superioridad de esa Catedral sobre la nuestra, no se dejó cegar por amor al terruño el poeta de las Tradiciones, cuando dijo que en la Lima de su época,

ciudad de celosías y de pebetes,  
y de góticas torres y minarettes,  
a la par goda y árabe, seria y sencilla,  
su catedral remeda la de Sevilla;

la exageración pintoresca del hablar recuerda a la nuestra: —aquí, mira usted al sol y se sonríe— me dijo una mujer del pueblo, ponderando la claridad del firmamento sevillano; también la afición al rumbo y al derroche es análoga a la de nosotros: —cuando tengo, luminarias; cuando no, me acuesto a oscuras— ha sido siempre expresión favorita de la gente de Sevilla, y en verdad que ante el espectáculo que hoy presenta la economía mundial, entran ganas de aplaudir esa filosofía, alegre, imprevisora y resignada.

Y por eso, por sus semejanzas con lo propio, nos gusta Sevilla; y también por sus diferencias; y por la grandeza de su historia, y por el prestigio de su leyenda, y por que allí nació Velázquez y pintó Murillo sus Purísimas, y porque en la capilla del

Hospital de la Caridad, donde están los lienzos macabros de Valdés Leal, vemos, pintadas en el techo, místicas escenas de la vida de Santa Rosa de Lima, y porque, como intensa manifestación del sentimiento que late bajo la sonrisa, allí abrió los ojos y allí cantó Becquer, y, en fin, porque la ciudad, para decirlo con una expresión muy suya, tiene *ángel*.

En tropel se agolpan a mi memoria imágenes de otros lugares que visité, pocos para mi curiosidad y mi cariño hispanistas, demasiados para hablarles a ustedes de ellos: históricas alturas de Covadonga en la fertilísima Asturias; encanto levantino de Valencia, patria de pintores, con la Lonja, joya del gótico flamígero, y la iglesia dedicada a nuestra Santa Rosa; Cádiz, blanca y risueña, con el recuerdo de las Cortes de 1812, algunas de cuyas sesiones presidió un ilustre peruano, Morales Duares, y la riqueza pictórica de su Museo y sus templos, ¡oh, aquel San Francisco del Greco, en la capilla del Hospital de Mujeres!; Santander, que como de su actividad comercial y su progreso urbano, se enorgullece de que la ennoblezcan su biblioteca Menéndez y Pelayo, amoroso legado del polígrafo eminentísimo a su ciudad natal, y *San Quintín*, residencia estival de Galdós, coloso de la novela contemporánea; y aquella aldehuela de pescadores, de rías azules y campos policromos, que se llama San Vicente de la Barquera; y, contrastando en el recuerdo con su rústico hechizo, la majestad de Burgos, noble emporio de la gravedad castellana, con su Cartuja, su Monasterio de las Huelgas, y su Catedral imponderable, protegidos por la gran sombra del Cid.

Y León... Dejénme ustedes detenerme un poquito en la patria de Guzmán el Bueno. Pocos recuerdos más vivos en mi mente que el de aquella mañana de otoño en que visité la *Pulchra leonina*; afuera había dejado el ambiente brumoso y gris el cielo; dentro, solo confusamente se percibía el conjunto, más que los detalles de la Catedral; de pronto, un fuerte viento debió aventar las nubes, y el sol fulgió poderoso, penetrando a raudales en el templo, a través de los ventanales de coloreado cristal, tan numerosos que casi reemplazan a los muros, y dan al viajero la impresión de encontrarse dentro de un gigantesco fanal de vidrios ojivales y permiten exclamar a los leoneses enorgullecidos, que su gentil y aérea catedral no tiene paredes. Las tiene, pétreas e imponentes, la

basílica de San Isidoro, antiguo panteón regio, donde yacen Ordoños y Alfonsos, Berenguelas y Leonores, y, además, a creerle al sacristán, los siete infantes de Lara, y también las tiene San Marcos, valioso legado del Renacimiento, y dentro de ellas encerró el conde-duque de Olivares a don Francisco de Quevedo, sin lograr por ello que el eco dejara de repetir los soberbios tercetos:

No he de callar, por mas que con el dedo,  
ya tocando la boca, ya la frente,  
silencio avises o amenazas miedo...

Sería ya abusar de la bondadosa paciencia de ustedes, dedicar párrafo especial a las poblaciones vecinas a Madrid, como los antiguos sitios reales de Aranjuez y el Pardo, o algo más lejos El Escorial, en cuyo Palacio y Monasterio el arte de Juan de Herrera logró reflejar la tétrica grandeza de Felipe II; limitémonos a saludarlas y a inclinarnos, con reverencia y amor, ante Avila ceñida por un cinturón de murallas y engrandecida por la gloria de la más excelsa mujer de la Humanidad, Santa Teresa de Jesús, y ante Alcalá de Henares, patria de Cervantes. ¡Patria de Cervantes! No hay título más egregio.

Páginas vivas de la Historia de España son sus diversos pueblos; pero la síntesis gigantesca se halla en la imperial ciudad. Como la nuestra, el Cuzco milenario, teatro del épico choque de dos civilizaciones, Toledo guarda en sus templos, en sus monumentos, en su Plaza del Zocodover, en sus callejas empinadas, donde, como dijo su trovador Zorrilla, cada piedra esconde una tradición, la impronta eterna de las razas que en ella alentaron y de sus costumbres y creencias diferentes y contrarias. Leyendas árabes, hebreas, castellanas, dan el ambiente a la ciudad, armonizando con la variedad de monumentos arquitectónicos en que razas y edades diferentes, al dejar eterna huella artística, se funden en un todo genuinamente español. Espléndido resumen de este florecimiento, en que la compenetración de elementos diversos forma cultura y espíritu nacionales, es la Catedral de Toledo, la más netamente española del gótico, verdadero museo de arquitectura que ostenta admirable variedad de estilos, desde el trescentista hasta el neoclásico de principios del siglo XIX, pasando por el mudéjar, el plateresco, el renacentista, el grecorromano, y el churrigüe-

resco, que, al suavizar en el Transparente su retorcimiento y ampulosidad característicos, se depura y perfecciona. Y para sublimizar la fusión étnica y completar el alma de Toledo, Grecia la madre inmortal, la envió, desde la isla de Creta, el genio desconcertante, atormentado y único de Dominico Theotocópuli, que, en *El Entierro del conde de Orgaz*, asombrosa conjunción de realismo equilibrado y noble, con las idealidades de la exaltación mística dejó a su patria adoptiva la grandeza de un legado digno de ella y digno del Greco.

Si Toledo encierra la síntesis de la historia de España, en Madrid se compendia su vida; a la capital acuden gentes de todas las provincias españolas que le llevan su ritmo propio, pero pronto se acomodan al de la urbe acogedora que absorbe el extraño, y, penetrándose de él, lo modifica. Comprensión, reciprocidad, asimilación, eso es Madrid; y también contraste; la ciudad erigida en el yermo castellano posee vastos y hermosísimos parques, poblados de árboles añosos y, en la primavera esmaltados de flores: el del Oeste, la Moncloa, el Retiro sin par; la antigua corte de una monarquía cuyos reyes ostentaban el dictado de católicos carece de catedral; la de la Almudena, comenzada en tiempos de Alfonso XII, no acaba de acabarse, y para los fines de culto, llena tan altas funciones la iglesia de San Isidro, situada en los barrios bajos, y escasa de monumentalidad, como el resto de los templos madrileños, singular anomalía en un país que ostenta muchos admirabilísimos aún en lugares de escasa importancia; el centro de la gente más callejera que existe, esa que incitada en las mañanas por la luminosidad del cielo y de la atmósfera, y al anochecer por la asistencia a teatros, cines y conferencias, y a todas horas porque le da la gana, llena los cafés bulliciosos de La Gran Vía y de la calle de Alcalá, y se desborda por sus aceras y las adyacentes, y pulula en la Puerta del Sol, ese centro jaranero y jocundo, posee no pocas mansiones dedicadas a la silenciosa labor del estudio. Aparte de las oficiales —la Biblioteca Nacional, las Academias españolas, de la Historia, de Bellas Artes, de Medicina, de Ciencias, etc.—, otras instituciones como el Ateneo, la Institución libre de Enseñanza, la Residencia de estudiantes, el Centro de Estudios históricos, tan generosamente hospitalario y estimulador, constituyen verdaderas columnas de trabajadores intelectua-

les, conocidas y estimadas en los principales círculos de cultura del resto de Europa y de Estados Unidos. Imposible hablar de los empeños espirituales que en Madrid se reúnen, sin consagrar el más fervoroso ditirambo al Museo del Prado; la interpretación del alma de la raza española, concretada en Madrid, la hallamos en sus dos pintores más grandes: Velázquez y Goya: el uno, es la suprema serenidad, no la serenidad venturosa de la inocencia, sino la difícil, la que se paga caro, de la comprensión. Homenaje a Madrid, su cielo de índigo ilumina los cuadros de Velázquez y las cumbres nevadas del Guadarrama sirven de fondo a muchos de ellos.

Como en Velázquez la serenidad, en Goya nos subyugan el patetismo y la burla implacable; mira a la humanidad a través del Madrid convulsionado de su época, del pueblo que él pintó solazándose a orillas del Manzanares y luchando contra los invasores en las trágicas jornadas del 2 de mayo, y que es el mismo pueblo festivo, valeroso y honrado, pero ya no el ignorante, que hace un año, al proclamar jubiloso la República, ofreció la lección, ejemplar en las revoluciones triunfadoras, de despreciar el botín y no ofender al caído.

Termina ya este caprichoso vagabundeo, este recorrido a vista de pájaro, por el panorama evocativo de mis andanzas hispanas. ¿Es eso, el refugio del recuerdo todo lo que nos deja un viaje? Creo que algo más. Un buen literato de la España actual, Enrique Díez Canedo, vino a América, traído por sus curiosidades de artista y estudioso, y concretó luego sus impresiones de este mundo nuestro en líricos epigramas, nutridos y breves. Después saboreando la miel del retorno y la paz hogareña, del ingente acervo de sus lecturas, surgieron las clásicas y con ellas místicas figuras del héroe de la Odisea y del aventurero buscador del áureo vellocino; sintetizó, entonces, el sentido y la proyección perdurable de los viajes en esta estrofa, que yo repito como humilde anhelo:

Ni Ulises ni Jasón. Toda mi ciencia  
consiste en ser más claro, más sereno,  
más rico, pero sólo de experiencia,  
tal vez más útil, y ojalá más bueno.

*Angélica Palma.*